

pación por el valor objetivo de los actos humanos.

La segunda parte del trabajo del Padre Carpentier está dedicado al análisis de otro libro: *Le primat de la charité en théologie morale*, del P. Gérard Gillemán, S. J. El autor considera este volumen como la obra propiamente metodológica de la moral de la caridad. El amor implícito es en moral la regla universal, la orientación no sólo subjetiva, sino objetiva al Fin último; pero el acto moral resulta de una información particular del amor en una materia dada. El acto obedece no sólo a la regla universal, sino a la particular, y es ésta la que decide la naturaleza y gravedad de cada obligación determinada. Sin embargo, la regla particular no se impone a la conciencia más que bajo la influencia (implícita) del amor del Fin.

Puesto que nuestra vida moral nace de la presencia eficaz del amor-caridad, el problema de la enseñanza moral consiste esencialmente en la formulación concreta, especificada, de la caridad. Esta es la síntesis del pensamiento del Padre Carpentier.—M.^a ELISA MASEDA.

ASTRADA (Carlos): *El humanismo y sus fundamentos existenciales (El ser del hombre y la libertad)*, en «Cuadernos de Filosofía», fasc. VI, Buenos Aires, 1952.

Desde que la Academia Francesa hizo aparecer en su Diccionario la palabra humanismo (que definió como «movimiento de retorno a los estudios griegos y latinos que se produjo en la Europa occidental durante los siglos xv y xvii»); Pedro Nolhac la introdujo en la lengua oficial de la Universidad en 1886, y seis años después se publicaba en la propia Francia *Petrarca y el Humanismo*) ha sido éste uno de los términos sobre cuyo significado más se ha escrito, no siempre con evidente acierto. Hoy se habla de humanismo nuevo, humanismo científico, humanismo moderno, humanismo cristiano, indú, chino, árabe, etc., extraños muchos de ellos a aquel primitivo concepto académico.

Un nuevo aspecto del humanismo nos presenta aquí el ilustre director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, Carlos Astrada: el «hu-

manismo existencial o de la libertad».

Considera al humanismo como movimiento espiritual no bien diferenciado de otros movimientos (Renacimiento, Reforma, clasicismo) que con él interfieren, y como actitud intelectual que traduce la aspiración del hombre por dar un significado plenamente humano a su vida, «rescatando lo humano de las potencias y estructuras en que en el decurso de la historia se ha ido paulatinamente autoenajenando». Esta es la idea capital del profesor argentino: lo humano en el hombre, la libertad humana como tal rescate de su ser de toda autoenajenación.

El hombre tiende integralmente a ser libre para su humanidad, hacia la conquista de su *humanitas*. Y solamente en tanto que es humano en la mismidad de su ser puede advenir a su libertad.

Esto plantea, una vez más, la eterna lucha del hombre con la técnica y sus poderes de organización, y una afirmación existencial reactiva ante la progresiva disolución de l'hombre en las estructuras económicas, políticas, etc., para devenir plenariamente humano en la conquista integral de su ser, oponiendo consciente y porfiadamente la necesidad de su libertad.

El humanismo de la libertad, insiste repetidamente Astrada, se define como una afirmación y rescate del ser del hombre. Por lo tanto, se funda en una ontología existencial, encaminándose a una concepción de la vida como *existencia*. Este rescate del hombre ha de efectuarse por las solas fuerzas residentes en el propio ser humano. Aislado ontológicamente en su ipseidad, se integra el hombre en su unidad entitativa, se identifica con su finitud, concibiéndose como hombre. Es este el término *a quo* en la taera de humanizarse, y la verdadera raíz de un humanismo que se atiene a lo que el hombre efectiva y originariamente es.

Contrapone este filósofo su flamante humanismo a los humanismos «estilados hasta ahora», que por estar bajo la «hegemonía de la metafísica» atienden solamente al ente y no al ser; al definir al hombre partían de la *animalitas* y no en dirección a la *humanitas*. No existe el hombre escindido en naturaleza y sobrenaturaleza, dice, contra el humanismo cristiano, sino que el hombre es un «ente natural» con posibilidad ontológica funcional de elevarse

de su ser, su ipseidad y su libertad, hasta la humanitas.

Interpretando a Heidegger, afirma que la humanitas como esencia originaria del hombre es una constante en la humanidad histórica, pero no se puede pensar la humanitas, añade, como algo distinto del hombre individual, como un ser independiente respecto al hombre concreto, ya que se constituye y encuentra su fundamento último en el individuo existente y está sujeta, por tanto, a la mutación histórica que proviene del carácter temporal del ser del hombre, el cual es un hacerse a sí mismo.

Solamente llevando el hombre adelante por su propio impulso la tarea de humanizarse que le compete, podrá convertirse de individuo de una especie animal en el hombre de la *humanitas*, esto es, en el hombre existente.

Sin olvidarse un momento el profesor bonaerense de su idea capital: rescate del hombre de la enajenación de sí mismo, termina su documentado estudio con unas observaciones críticas sobre el humanismo de Heidegger y de Sartre. En el humanismo del primero, es difícil ver —dice Astrada— lo humano en el hombre por cuanto tal humanismo implica la más radical enajenación del hombre en una verdad del ser, concebido éste como un Absoluto-trascendente y supratemporal. En este humanismo heideggeriano, la esencia del hombre no depende únicamente del hombre como tal, ya que «así en la determinación de la humanidad del hombre como de la existencia importa, pues, que no es el hombre lo esencial, sino el ser» (*Brief über den Humanismus*, página 79, Francke, Bern, 1947). La libertad del hombre desaparece en Heidegger en la medida en que a éste se le deshumaniza y «queda enajenado de sí mismo en la vecindad de un Absoluto». La *humanitas* no está aquí al servicio del ser, sino que queda aniquilada por éste.

Invierte Sartre los términos al suponer gratuitamente que el hombre comienza por su existencia para rematar, en virtud de su propia elección, en su esencia.

En el humanismo subjetivista del existencialista francés el hombre no puede sobrepasar su subjetividad. Sin embargo, al elegirse a sí mismo, dice Astrada, forjaría un paradigma para todos los hombres: «eligiéndome, yo eli-

jo el hombre» (*L'Existencialisme est un Humanisme*, París, 1947). Contra Sartre, que considera al hombre como el *ego cogitans* cartesiano, en el que el *sum* y la ipseidad quedan enteramente velados, afirma Estrada el rescate del hombre mediante la centralización en la ipseidad de su existencia. «Un humanismo que por asentarse en la libertad y abrir la posibilidad para la recuperación y afirmación de la ipseidad dentro de la estructura ontológica existencial, cabe designar como *humanismo existencial o de la libertad*».

Afirmamos, plenamente de acuerdo con el ilustre filósofo argentino, que el humanismo es tendencia, aspiración; la naturaleza humana se halla irresistiblemente impulsada a crecer y desarrollarse, por lo que se convierte así el humanismo en una relación del hombre a lo infinito. Tendencia y aspiración al arte, ciencia, belleza, bien, al amor, sociedad, INFINITO. Nuestra naturaleza, «transformada por la gracia» tiende, aspira a su Creador y Fin: Dios.

Ciertamente que el humanismo cristiano, uno de esos «estilados hasta ahora» y «bajo la hegemonía de la metafísica», partía, en verdad, de la *animalitas* al definir al hombre, pero añadía el elemento formal constitutivo de la persona humana (cuya definición de Boecio dió por buena), la *rationalitas*, y con ello no desviaba su dirección hacia la *humanitas*. Este humanismo no es otra cosa que el desarrollo del hombre en el orden de su perfección personal. Equivale, por tanto, a proceso desde el ser del hombre hasta el *deber ser* del mismo. Considerar al hombre constituido esencialmente de alma y cuerpo, de naturaleza y sobrenaturaleza, no equivale a «escindir» al hombre, ya que la perfección de ambas y su conocimiento significan el verdadero humanismo.

Toda antropología que disminuya o minimice la estructura esencial de la persona dejará de ser desde ese momento un auténtico humanismo.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

MORRA (G.): *Il mito dell'umanesimo*. en «Historica», año VII, núm. 1, 1954 (páginas 31-38).

El problema del hombre, con total desnudez o a través de circunstancias concretas, es un tema inagotable. Cons-